

HERALDO DE MURCIA

AÑO VI

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1477

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7.50 (PESETAS) trimestre.
Comunicados a precios de venta onerosa.

Redacción, Administración y talleres: S. Lorenzo, 18

Martes 27 de Enero de 1903

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En primera plana.	1	pesetas línea
En segunda.	00'50	id. id.
En tercera.	00'10	id. id.
En cuarta.	00'05	id. id.

EL PARTIDO DE MONTERO

La lectura del programa del partido liberal no nos ha defraudado las esperanzas por que no las teníamos, pero si nos ha hecho más íntima impresión, porque no podíamos suponer que en circunstancias tan supremas como las actuales para el partido liberal, que al fin y al cabo representa una importantísima entidad política, se arrancara el Sr. Montero Ríos, canonista eminente y maestro del derecho, con una producción híbrida, insípida e incolora resultado del onanismo intelectual á que se ha dedicado el ex-Presidente del Senado.

Creíamos todos, políticos y neutros, amigos y adversarios de los liberales, que el tan anunciado embarazo del Sr. Montero Ríos, llegado el momento de la evacuación de lo generado, habrían de asombrar, tanto por lo que venía á representar la producción, como por cuyo era el padre ó creador del recién nacido programa, esperado con las ansias como se espera á un primogénito que ha de perpetuar un nombre famoso por más de un concepto.

Ante una ilustre asamblea de profesores en obstetricia política vino al mundo el esperado programa, y en verdad, su conocimiento no produjo el entusiasmo que era de desear, pues que el fruto de bendición del Sr. Montero á más de ser deforme, defectuoso y encajado, promete por su débil constitución, efecto de degeneración y herencia, una vida muy corta y esta enfermiza y accidentada, á la que no podrán reanimar los reconstituyentes que se le aplican, que están haciendo más falta en los organismos de los conspicuos liberales que le cuidan, gastados moral y políticamente, mucho antes de pretender generar la nueva producción.

Los anuncios del amplio criterio democrático en que se inspiraba el programa liberal han sido un engaño más, pues no se ve en él por ninguna parte la teoría democrática de que tanto alardeaban los gestadores y que, como ha dicho muy acertadamente el señor Romero Robledo podían firmar el programa sin responsabilidad, hasta los más ultramontanos.

En las formas en que se tratan las tan importantes cuestiones religiosas y sociales se adivinan, la habilidad característica de los liberales para curarse en salud y los procedimientos apócrifos del insigne tratadista que firmó en París por representación del Gobierno el Protocolo de la Paz. Exigiendo la cuestión religiosa, enérgico radicalismo, en el programa se aboga, si que encubiertamente, por fórmulas convencionales y de circunstancias. Demandando la cuestión social un criterio decidido, so pretexto de aparentar la defensa del proletariado, se invoca el derecho del capital, formulando que ya conocemos demasiado y que á nadie puede vencer.

Los propósitos que en otra parte del programa se demuestran, para la administración, la defensa nacional y la política internacional, tratados á la ligera y sin soltar prenda, tampoco ha podido impresionarnos, pues consecuencia de la intervención liberal es la descomposición administrativa, sinó directamente por influencia del esquiismo, á la vez que el desarrollo, y en cuanto á las reformas nacionales y á la política internacional, tanto se podía decir, que es mejor no mencionarlo.

Si con el programa sólo se la de reorganizar el partido liberal, sin ser profeta puede asegurarse, que difícil-

mente lo han de conseguir, nada hay en él que marque rumbos nuevos en la política; los mismos procedimientos y las mismas teorías que trajeron la muerte del partido, fallecido antes que su ilustre jefe, se reputan ahora como salvadoras; nada se dice que no sea viejo y caduco; todo el programa respira senectud; el Sr. Montero ha malparado, trabajo perdido, así reza el refrán y así es la verdad; el programa no ha sido un parto, es un aborto.

El partido católico

Si, hace falta un partido católico; un partido que renueve la saludable mixtura de la religión con la política; un partido de índole esencialmente evangélica, destinado á guiar al César lo que es del César y á dar á Cristo, lo que es de Dios, el reino de este mundo, tratándole como los visigodos trataron á Wamba. No hay nada para emultercer los prestigios religiosos como zambullirlos en el lajal donde se agitan ambiciosos, pretendientes, chanchulleros, aventureros, farsantes y caquitos. Quien tal pensó muestra tener en alta estima la religión de sus mayores.

La empresa tiene sus precedentes. Allá por el siglo XVI—un siglo después del que según Costa, vivimos—hubo en Francia un partido católico. Fue la liga, la santa Liga que desató sobre el país las furias de la contienda religiosa, urdió y consumó la Saint-Barthelemy, amargó la existencia del último de los Valois, armó la diestra regida de Jacobo Clemente y más tarde la de Ravallin, trató de repetir en favor de las Guisas la antigua usurpación de los Capetos y puso cuanto estaba en su mano por entregar la patria á merced del Demonio del Mediodía. ¿Por qué nuestros ligeros de ahora no han de intentar, en la medida en que lo consienta la poquedad de los tiempos, una reprise de aquel drama en que tales cosas se hicieron per la patrie é la religion, como se canta en el magnífico coral de «Los Hugonotes»?

Te imaginarás tú, oh Teótimo encantadísimo que el ultramontano debiera darse por satisfecho. Dueño del poder, de la influencia, de la mujer, del dinero, soberano de las conciencias y las bolsas, enfundado el país á Roma y transformados los partidos dinásticos en serviles instrumentos de la omnipotencia clerical, nada parece que le queda por conquistar. ¿Qué error! La sed de la reacción es como la de la hidropesía—que no se calma sino que se excita bebiendo. ¿Has olvidado á los apóstólicos? Fernando VII era un mason. Calomarde no era bastante reaccionario. Ghaquerón no ahorcaba bastantes liberales. Los católicos políticos de entonces se alzaron en armas en demanda de un soberano que restaurase el Santo Oficio. Apenas si las inauditas atrocidades de aquel loco criminal que se llamó el conde de España fueron parte á calmar el ansia de asesinatos que experimentaban á la sazón las almas verdaderamente cristianas. ¿Y se pretenderá que basten ahora á contentarlas los paños calientes de un Silvela ó el tímido jesuitismo de un Maurá!

Si, hace falta un partido católico, archiepiscopal y ultrarromano. Es una necesidad que se deja sentir. La nueva parcialidad vendrá á llenar un vacío que se advierte. En vano se objetará que la universalidad de que blasona el catolicismo y la particularidad que el concepto de partido implica, rabian de verse juntos. En vano se hará presente que, acaparando el título de católico, la nueva bandera deja á todas las otras, con Azcárraga y Váldillo inclusivos, fuera de la comunidad de los fieles. El partido católico se formará; mejor dicho, está ya formado. ¿Qué le falta? Por credo tiene el símbolo de los Apóstoles, por disciplina la eclesiástica, por jefe Rompola en Roma y entre nosotros Noedal, por primates á los prelados, por caudillos á los párrocos, por prensa los boletines de las diócesis, por meetings las misiones, por comité las sacristías... Dese á todo eso figura de partido, y á bien seguro que no ha de haber otro que se le ponga delante.

¿Quién no se imagina al novel partido

luchando denodadamente en las próximas elecciones? ¿Qué recursos los suyos! Toda la clerecía secular y regular saldrá á campaña. Se predicará una cruzada contra los candidatos adversos. Se hará en favor del triunfo del amigo una adición á la letanía lauretana. Se imprimirá su nombre al dorso de las cédulas de comunión. Se encomiarán sus cualidades, juntas con los dolores de María y la paciencia de José, desde la cátedra del Espíritu Santo. Las ánimas benditas se verán defraudadas en más de un sufragio, consagrado á pedir al cielo la victoria electoral. El influjo ejercido en favor del candidato predilecto será condición previa para la absolución de más de cuatro pecadillos femeninos. Se bendecirá el vino de los electores ortodoxos. Se ofrecerá en las ermitas, á guisa de exvotos, candidosos de cera. No pocas familias piadosas añadirán un Padrenuestro á sus preces habituales ó le sustituirán al que acostumbra á sanseaguar á la paz entre los príncipes cristianos. Algunos pueblos harán rogativas como en tiempo de seca. Y quién sabe si, arrastra lo por el exceso de su celo, no llegará tal vez más de un presbítero hasta el extremo de negar á los adversarios el Pan de la Eucaristía y ofrecer indulgencia plenaria á los adictos.

¿Cómo luchar con quien esgrime armas tan afiladas? Los pecadores laicos que, de una ó de otra manera, tenemos algo que ver con la cosa pública, no podemos hacer uso en defensa de nuestras ideas, sino de medios puramente humanos. No hablamos en nombre de Dios. No confesamos á las mujeres de los electores. No tenemos en nuestra mano la salvación de las almas de sus antepasados. No nos han sido confiadas las llaves de las puertas del infierno ni las del paraíso. No nos he dado brujular á nuestros amigos la bienaventuranza perdurable ni condenar á nuestros enemigos al fuego eterno. El cura puede hacer todo eso, sin que ello le impida emplear simultáneamente los arbitrarios mandatos, enterrando vivos, resucitando muertos, arrojando bronca y volcando el uero. Lo eterno y lo temporal, lo humano y lo divino, están igualmente á su disposición. ¿Qué poder hay sobre la tierra capaz de contrarrestar el suyo?

¡Singular coincidencia! En el mismo momento en que aquí se agita la idea de un partido católico, el partípe musulmán, capitaneado por «el padre de la burra», pone en un bruto en Marruecos al bueno de Abi-el-Aziz, acaudado de andar en bicicleta y de dejarse retratar, con menosprecio del Corán. Cuando en la grandiosa «Silambó» de Flaubert el griego Spendius, clavado en la cruz, recuerda á su compañero de infortunio aquellos leones á quienes tantas veces vieron ámbos sometidos al mismo suplicio, el bárbaro expirante le responde: «¡Son nuestros hermanos!»

Afredo Calderón.

NUESTRO PRELADO

El P. Vicente

El P. Vicente: así, sencillamente, sin pomposos sobrenombres, le llamábamos en la casa central de estudios, que los PP. Escolapios tenían establecidos en San Marcos de León.

El P. Vicente, el idolo de los estudiantes sin distinción, no obstante mostrarse allí con pujanza, lozanía y viveza las ideas regionalistas; el consejero de superiores y obispos; el recto y justiciero con el despota y el grande amigo de los pobres, el sabio catedrático que lo mismo se remontaba á las más profundas y sublimes concepciones del entendimiento humano, que descendía al nivel de las mediocridades; el pensador profundo matemático, filósofo y teólogo; el literato insignia que habla como pocos el idioma de Cervantes; el orador elocuente á cuyos labios expontáneamente y sin trabajo alguno afluye la palabra adecuada para la expresión del pensamiento; el pedagogo que sugiere con su palabra dulce, oportuna y cariñosísima; el venerable sacerdote que lleva en su corazón un tesoro de sentimientos y en su alma el espíritu de Cristo es el nuevo obispo de esta diócesis.

Le conocimos, le tratamos, vivimos

bajo el mismo techo y comimos en la misma mesa y contribuyó de una manera directa á formar mi corazón é inteligencia y siempre guardé á mi querido maestro respeto profundo y veneración altísima.

Con estas líneas herimos su modestia; lo sabemos; pero no obstante las escribimos con gran contentamiento por creer firmemente que esta esclarecida virtud, cuando se extrema, perjudica á veces no solamente al individuo que la practica, sino á la sociedad entera.

Esto, que parece paradoja, no lo es. Por obediencia fué preconizado obispo de Astorga: por su modestia hubiera permanecido toda su vida en una oscura celda de un claustro humilde.

Para llevarle á la silla episcopal fué necesario echarle encima lo que pudiéramos llamar el peso de la ley: fué por obediencia.

Su modestia le aconsejaba vivir olvidado del mundo, formando en cátedra espíritus fuertes, capaces de resistir los embates de esta miserable vida.

Ha necesitado el Nuncio casi obligarle para trasladar le á esta diócesis.

Su caridad y su modestia no le permitían abandonar á sus queridos diocesanos.

Hoy que por influencias y adulación y aparente saber escalan las altas esferas problemáticas medianías, cuan bello y sublime es ver á un hombre de talento inescrutible, trabajador infatigable y lleno del espíritu de Dios rechazar puestos, tan solicitados por la vanidad humana! Hemos dicho y así lo creemos, que su modestia hubiera resultado perjudicial.

«Yo que apenas puedo guiar mi alma, ¿cómo podría guiar á los demás?» Esto le oía en cátedra un día: hablaba la modestia.

No, P. Vicente: es necesario la lucha. Esto deben hacerlo los que valen, los que pueden; los que saben sentir hondo y pensar alto; los que como usted tienen el corazón por encima de lo terreno y cuentan con un cerebro robusto.

Hoy que se han popularizado las heresías, que están vaciadas en otros moldes, que en la cátedra, en la prensa, en el mitin, en el folleto, en los sistemas políticos y sociales y en todas partes se ha entendido el escepticismo encubriendo en su seno los más terribles y contundentes argumentos en contra de la fé católica, necesita la iglesia espíritus fuertes, enteros iluminados como el de usted, que llevan en su cerebro á Santo Tomás y en su alma á San José de Calasanz y pongan al servicio de la sociedad esa palabra lema de unión, sonora, persuasiva, grandilocuente y correctísima con que la Providencia le dotó. Estamos en días de lucha.

Un obispo humilde, recto, culto y elocuente puede hacer mucho en pro de la sociedad cristiana desde la cátedra sagrada; en la carta pastoral, en el Parlamento.

Es necesario que en defensa tan augusta retumba la palabra en toda España y su eco dulce, llegue desde los regios alcázares hasta la última aldea. La conducta del nuevo obispo ha de ajustarse á los dictados de una conciencia digna, honrada, severa.

Será recto, pero bondadoso. La razón y la justicia presidirán todos sus actos.

Ni se humillará ante el poderoso, ni la influencia torcerá el curso de sus disposiciones. Los que tengan hambre de justicia y de él dependan, acudan á su prelado que será inflexible en el cumplimiento de su deber.

Hermenegildo Montesín.

Director del Colegio de Fuentealbilla.

Teatro Romea

Gran función extraordinaria á beneficio de la Representación del Tiro Nacional de Murcia para el día 30 de Enero de 1903.

La Junta Directiva de la Representación del Tiro Nacional de Murcia, deseando allegar recursos con que proseguir las importantes obras que en el polígono de tiro vienen realizándose, contando con la iniciativa de distinguidos jóvenes de la buena sociedad murciana y con el concurso de las señoras de la compañía que actualmente

funciona en el Teatro Romea, y bajo la dirección de los maestros Sres. Ayala y Puchades así como del Director de la Compañía Sr. Nadal, ha organizado esta función, contando con que el público murciano, siempre tan solícito para responder á cuantas obras de mejoramiento se intentan, no negará esta vez su concurso para obra tan patriótica, como es la que el Tiro Nacional presenta.

Programa

1.º La zarzuela de costumbres Murcianas en un acto y tres cuadros, en prosa; letra de los señores García Alvarez y A. Paso música del maestro Chueca.

LA ALEGRÍA DE LA HUERTA

Reparto.—Carola, Srta. Canela.—María de las Angustias, Srta. Lagarrida.—Heriberto, D. Adolfo Calderón.—Alegrias, D. Juan Aguilar.—El tío Piropo, D. Evaristo Llanos.—Troncho, D. José Ferrán.—Juan Francisco, don Luis Hernandez.—El Caja, D. Ramón Cañadas.—El Flauta, D. Francisco Piqueras.—El Trompa, D. Baldomero Guirao.—El Fagot, D. José Aulló.—Cabeza, D. Luis Ponce de León.—El Aguacil, D. Pablo Vilajana.—Un ciego, D. Ramón Silvan.—Coro general.

2.º La hermosa zarzuela en un acto y en verso ya muchos años no representada en Murcia, letra de García Gutiérrez y música del maestro Arieta.

EL GRUÑETE

Reparto.—Luisa, Sra. del Río.—Serafina, Srta. Canela.—Juana, Sra. Sacanellas.—Tomás, D. Juan Aguilar.—Pascual, D. Luis Pardo.—Antón, don Luis Ponce de León.—Coro general.

Compondrán el coro general de caballeros, tanto en esta como en la anterior los señores siguientes:

Alonso (D. José María), Aulló (don José María), Ayuso, (D. Alfredo), Cañada (D. Ramón), Ferrán (D. José), Gomez (D. Eduardo), Gonzalez San Miguel (D. Francisco), Guirao (D. Baldomero y D. Mariano), Hernandez (don Luis), Lopez Guillén (D. Francisco), Llanos (D. Evaristo), Palazón (D. Andrés), Parra (D. José), Pinar (D. José), Ponce (D. Luis), Piqueras (D. Francisco), Quer (D. José), Silvan (D. Ramón), Vilajana (D. Pablo) y Viltar (D. Ricardo).

3.º El juguete cómico-lírico en un acto, prosa y verso, letra de D. Eduardo Jaksón Cortés música del maestro Rubio.

¡VIVA MI NIÑA!

Reparto.—Consuelo, Sra. del Río.—D.ª Práxedes, Sra. Sacanellas.—don Paco, D. Luis Pardo.—Cándido, D. Juan Aguilar.

A las 8 y media en punto.

PRECIOS:

Plateas y palcos principales, 25 pesetas. Palcos segundos, 8. Id. terceros, 5. Plateas escenario, 20. Palcos principales escenario, 15. Id. segundos, idem, 10. Plateas de patio, anfiteatro platea y 1.ª fila anfiteatro, segundo, 2'50. Id. 2.ª, 3.ª y 4.ª fila anfiteatro 2.º, 2. Delanteras de anfiteatro, 1. Id. de paraiso, 0'75. Entrada gener 1, 0'50. Idem do abono, 0'75.

El impuesto de timbre á cargo del público.

Nota.—Los señores abonados y los que hubieren hechos tendrán reservadas sus localidades en la Droguería del Sr. Cánovas (Calle de San Patricio, número 6) hasta el jueves á las doce de la mañana, pasado este plazo, se dispondrá libremente de las que no se hayan recogido.

A la terminación del espectáculo tendrá lugar un baile de confianza en el Salón de Café del Casino.

Círculo Católico

Ayer á la hora anunciada continuó el Dr. Medina, ante los alumnos del Círculo Católico y distinguido público sus lecciones de propáganda sobre Higiene.

Todos los lunes á las siete de la tarde continuará explicando sus temas de vulgarización higiénica el notable Dr. de cuya labor meritísima prometemos ocuparnos.

